

El Eco de Cartagena.

AÑO XXX.—NUM. 8616

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONO NÚM. 58

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales: en París E. A. Lorette, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24.

Miércoles 16 de Julio de 1890.

LA VACUNACION DEL COLERA.

Mr. Pasteur en una de sus últimas reuniones en la Academia de Ciencias ha dado lectura de un trabajo de Mr. Gamaleia de Odessa sobre la vacunación preventiva del cólera asiático.

Es, dice el autor, una simple y fiel aplicación del método experimental de monsieur Pasteur que ha dado ya tan buenos resultados en el cólera de las Gallinas, el Carbón, el Rouget de los puercos y la rabia.

El autor no tiene necesidad de recordar el obstáculo que se opuso hace cinco años á la aplicación de este método para el cólera asiático, obstáculo que ha obligado á Mr. Pasteur á dejar esta enfermedad para sus futuros alumnos. Ahora pues, monsieur Gamaleia no ha hecho más que aplicar los grandes principios del método experimental.

Es ya conocido, que las culturas ordinarias, de los vibriones coléricos no tienen sino una fortaleza mínima en este punto que Mr. Koch que los ha descubierto, ha creído que el cólera no era inoculable á los animales.

Por otro lado, los alumnos de Mr. Pasteur, cuando la expedición francesa á Egipto, no lograron sino una sola vez dar el cólera á una gallina.

Pues, se puede dotar al vibrion colérico de una vitalidad extrema; basta para esto de llevarlo sobre un palomo después de haberlo hecho pasar sobre un *Cobayé*.

Mata el palomo y el microbio aparece en la sangre del palomo que ha muerto.

Después de algunas veces, el microbio adquiere un desarrollo tal, que una ó dos gotas de sangre de los palomos, mata todos los palomos sanos en diez ó doce horas.

Mata también á dosis más pequeñas aun á los *Cobayés*.

Es de observar que todos los animales sucumben á la infección virulenta. Con este virus ha podido probarse la existencia de una inmunidad colérica. Mr. Gamaleia ha inoculado dos veces un palomo, con estos caldos, el palomo ha resultado indiferente á la infección dada por el virus el más virulento, contenido en la sangre de un palomo.

Desde luego el hecho era cierto: si se cultiva el virus en un caldo nutritivo y si se calienta este caldo á 120º durante 20 minutos para matar todos los microbios, se prueba que esta operación ha dejado subsistir en el líquido una sustancia tóxica que determina los fenómenos característicos del cólera.

Si se proporciona cuatro centímetros cúbicos de este caldo á un *Cobayé* la muerte le sobreviene al cabo de 20 á 24 horas, y en la autopsia ausencia completa de los microbios coléricos. Los palomos mueren de la misma manera, pero son más resistentes en presencia del veneno, es preciso proporcionarles 12 centímetros cúbicos á la vez.

Si por el contrario, se administra esta misma dosis no una sola vez, sino en cua-

tro ó cinco días, dando por ejemplo ocho centímetros cúbicos el primer día y cuatro los dos siguientes, no se les mata y se le prueba que son resistentes al cólera. El virus el más virulento inoculado aun á la dosis de 30 centímetros cúbicos no es capaz de matarlos.

La vacunación de las *Cobayés* da también resultado; con una dosis de dos centímetros cúbicos se les vacuna en 2 ó 3 meses.

Sa tiene pues conocimiento de un método de vacunación preventiva del cólera.

Este método está fundado sobre el empleo de las vacunaciones estériles, posee seguridad y la fortaleza de las vacunaciones químicas pues que el veneno puede ser medido á dosis bastante pequeñas para que sea inofensivo, mientras que la suma inoculada da la cantidad necesaria para proporcionar la inmunidad.

Mr. Gamaleia espera que dicho método podrá ser empleado en la vacunación humana.

Mr. Pasteur añade que en una carta particular recibida al mismo tiempo que este trabajo, M. Gamaleia le autoriza á declarar que está dispuesto á repetir sus experiencias en París, en presencia de una comisión de la Academia, á encontrar sobre el mismo la dosis inofensiva necesaria para la vacunación humana y presentarse en los países infestados por el cólera para probar la eficacia de su método.

Según la demanda de Mr. Pasteur, el trabajo de Mr. Gamaleia ha sido enviado á la comisión del gran premio Breand sobre el cólera.

R. B.

EL MUSEO DEL PRADO.

En 1.º de Agosto de 1810, José Bonaparte dió un decreto prohibiendo la exportación de pinturas, y otro en 24 del mismo mes, mandando establecer un Museo en el palacio de Buenavista, con los cuadros de los conventos suprimidos y con los que fuera preciso tomar de los sitios reales para completar las escuelas.

En casa del pintor Napoli se llegaron á reunir 250 cuadros con este objeto; en San Francisco el Grande 712, y en el Rosario 180, traídos de el Escorial.

Las vicisitudes de la época impidieron la realización del proyecto, y es de sentir, porque el edificio en que se quería establecer el Museo era más susceptible de ensanches y reformas que el actual, y se halla en mejor sitio.

Más adelante, por iniciativa de la reina doña María Isabel de Braganza, se habilitó el edificio que había comenzado en 1785 el arquitecto Villanueva con destino á Museo de Ciencias naturales, y que se hallaba abandonado.

La augusta señora renunció á una pensión que cobraba para alfileres, sobre la renta de correos, en beneficio de la obra del Museo. No logró, sin embargo, gozar del fruto de su iniciativa y de su desprendimiento, pues ya había fallecido cuando en 19 de Noviembre de 1819 se abrieron los tres primeros salones.

Sucesivamente se fueron abriendo otras salas en 1821, 1828 y 1839; y por fin, en 1853, se inauguró con el nombre de «La Tribuna», la sala ovalada que recibió después el

nombre de sala de la reina Isabel, y que hoy se halla en reparación.

Como esta vez se formó el Museo exclusivamente con obras sacadas de los palacios y sitios reales, fue propiedad del rey, y se llamó Real Museo, siendo de la real casa el cargo del sostenimiento.

En el principio, la elección y traslación de los cuadros estuvo bajo la inspección de una comisión de pintores y escultores de cámara.

Era, pues, esta colección propiedad particular de los reyes; pero durante la regencia de doña María Cristina de Borbón, se incorporó á los bienes patrimoniales, para evitar el que algún día pudiera ser mermada ó diseminada.

La revolución política de 1868 trasladó á la nación el Museo real, y se fueron agregando á él los cuadros que formaban el Museo nacional, ó de la Trinidad, tomando desde entonces el nombre de Museo de Prado.

Es de notar que en país que se cree tan patriota como el nuestro, la palabra nación es repulsiva á las gentes de más viso, resabido sin duda de los malhadados tiempos de Fernando VII, en que muchas de ellas se educaron, y por eso, en vez de Galería nacional, se adoptó el nombre de Museo del Prado.

El Museo nacional, ó de la Trinidad, tuvo origen á la extinción de los Ordenes regulares en 1836, en que la Academia de San Fernando fue autorizada para enviar comisionados á las provincias para recoger los principales cuadros y obras artísticas de los conventos.

De esta incautación, y de la colección secuestrada al infante D. Sebastián, que más adelante le fue devuelta, se compuso este Museo en sus primeros tiempos, y se formaron otros Museos provinciales.

Se abrió al público en 21 de Julio de 1838 día de Sta. Cristina; pero se cerró al poco tiempo para hacer obras.

Mal sino tuvo este establecimiento, instalado en el convento de la Trinidad, pues abierto de nuevo el 8 de Diciembre de 1841, se volvió á cerrar por haberse establecido allí el ministerio de Obras Públicas, y quedar las obras exparcidas por las oficinas.

En este estado permaneció hasta su incorporación al antiguo Real Museo, llevándose entonces algunas obras á éste, y repartiendo las demás, sin orden ni concierto, entre los Museos provinciales, ministerios, corporaciones, embajadas é iglesias.

Establecido el Museo del Prado en un edificio que fue proyectado para otro objeto, sólo el salón grande central tiene condiciones; y la sala ovalada, hace muchos años en obra, podrá tenerlas si se las dan.

En los demás departamentos no es posible mejora alguna, y la división, por medio de tabiques, de cuatro salas, fue más lo que hizo perder, que el beneficio de ganar algún espacio.

Variedades.

MEDIDAS HIGIENICAS

Ya andan por ahí varios señores dando consejos higiénicos á las personas asustadas y produciendo todo género de emociones en el organismo de las muchachas débiles y enfermizas que se aquejan temprano.

Si estos señores supieran todo el mal que causan en el seno de varias pacíficas familias, se retirarían á sus casas á tomar tazas de té; pero ellos no pueden contener sus impulsos caritativos, y andan por ahí á todas horas sembrando la inquietud y repartiendo recetas so pretexto de la salud pública.

Hasta que aparecieron estos señores, el cólico era una indi-posición prosaica y vulgar de la que nadie hacía «caso»; pero ahora, en cuanto una señorita nota el menor síntoma de perturbación interna, ya está llamando á D. Tiburcio, que se presenta más contento que unas pascuas.

—Vamos á ver. ¿De qué se trata?
—¡Ay, D. Tiburcio! Yo me siento muy mala—dice la niña asomando la nariz entre un fardo de ropas.

—¿Abusa usted de los tomates? ¿Es usted aficionada al pepino?

—No señor—contesta el padre, que mira asustado á D. Tiburcio.—Esta, desde que se dedicó á la poesía aborreció la carne y las legumbres, y no come más que huesos pasados por agua y sesos rebozados.

—Bueno. ¿Dónde siente usted dolor?

—Aquí en el vientre.

—¿A mano derecha?

—No; bajando á mano izquierda.

—¿Sabe usted el origen?

—A mí me parece que me comenzó esto hablando la otra noche con un chico que toca el violín y tiene un comercio de bujías al por menor. Estábamos hablando de Cánovas y de un tío del hijo de su portera que se le parece mucho, cuando me entraron unos sudores fríos y dolores en el pié izquierdo.

—Esto debe ser importado. Lo averiguaremos. ¿De dónde es natural la criada?

—No tenemos criada desde hace mucho tiempo.

Pero D. Tiburcio, en su afán de medicinar y de que su fama se extienda por toda la provincia, sigue haciendo preguntas á toda la familia, concluyendo por asegurar que se trata de un caso sospechoso, pero que se ha acudido á tiempo y el mal no ofrece peligro.

Deja á la enferma sudando á mares, y sale de casa diciendo á los vecinos que se aislen completamente y que no dejen entrar en la casa á nadie, causando con esta medida higiénica grandes perjuicios al usero y al tendero, de la esquina, que no pueden trabajar lo que se les adenda desde hace catorce meses.

Así es que, gracias á la higiene y á sus defensores, la alarma cunde de una manera espantosa.

Antes vivíamos en la más triste ignorancia, y si notábamos alguna incomodidad interna, lo achacábamos á los disgustos que nos proporcionaba la eterna lucha con el sastre, y nos íbamos al café ó á hablar con la novia; pero hoy, desde que sabemos que todo nuestro malestar proviene de los «virgulas» echamos mano del láudano y de la tía, esperando con santa resignación que acudan á nuestro domicilio cuatro ó cinco municipales y nos lleven al lazareto en concepto de fardos contumaces.

Las medidas higiénicas están también tomadas, que en cuanto uno lanza un grito más ó menos quejumbroso, ya tiene á su lado quien vela por su salud y por sus intestinos.

Así es que lo que antes se curaba con un poco de citrato de magnesia, exige ahora una ó dos decenas de visitas facultativas y una serie interminable de medidas higiénicas.

—V. está enfermo.

—Creo que está usted muy aquejado—dice el interpejudo temblando como el zoque.

—Es inútil que lo acalle.

—Pero.

—V. ha lanzado algunos ayes.

—Es cierto, pero esto ha sido una cosa interna, quiero decir, producida por un disgusto.